

tambien se separan de la unidad de la Iglesia y no se creen ligados por ella; ántes por lo contrario, creen ser mejores cristianos que los católicos. ¿Con qué derecho podrían ellos, herejes, negar el título de cristianos á los que como herejes condena la Iglesia? (1).

No vacila Semler en considerar como cristianos á los arrianos, á los socinianos, á los unitarios (2). Y aún va más allá: había en el siglo XVIII una escuela, mitad filosófica, mitad cristiana, bajo el nombre de deistas; los deistas ingleses permanecieron cristianos; en Francia tomó el deísmo un carácter más libre; Voltaire no se llamaba ya cristiano, mas era teísta y afirmaba que su religion era la de todas las gentes honradas. Ahora bien, para los ortodoxos, el nombre de deista era una injuria que dirigían á sus adversarios, acusándolos de no ser ya cristianos; no perdonaron esta imputacion á Semler, aunque la acusacion era una calumnia, porque Semler era un creyente; ¿qué pensaba él en cambio de los deistas? Vitupera á los ortodoxos, que condenaban á los deistas sólo porque no admitían la revelacion tal como la entendía la ortodoxia: ¿habrá que afrentarlos como incrédulos porque no creen que el Verbo se haya encarnado en el seno de una Virgen? Por negar los milagros, por negar la revelacion sobrenatural, ¿han de merecer que se les califique de incrédulos, es decir, de ateos, de materialistas? ¿Extraños ateos los que toman el nombre de deistas para significar que creen en Dios! ¿No era Dios para ellos más que una palabra, ó era una verdadera fe? Los primeros deistas fueron los filósofos de Grecia y de Roma; pues bien, que se abran sus escritos, y se verá que Platon, Ciceron, Séneca, hablan de una inspiracion de Dios, y en ellos se lee que el Espíritu Santo habita en nuestra alma (3). El lenguaje como el pensamiento son tan cristianos, que los ortodoxos han recurrido á las más locas hipótesis para explicar la admirable analogía que existe entre la filosofía y el cristianismo, prueba de que los deistas no son tan incrédulos como se pretende.

¿Por qué no habían de ser cristianos los deistas? Se separan, es cierto, de la Iglesia protestan-

(1) SEMLER, *Lebensbeschreibung*, t. II, p. 166;—*Glaubensbekenntnis*, p. 104;—*Versuch*, p. 13.

(2) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis*, p. 209, 208.

(3) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington's Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. 7, 11.

te como de la Iglesia católica; pero ¿qué importa? ¿No están separados tambien de la Iglesia los protestantes? ¿Y no los acusan los ortodoxos de haber desgarrado la túnica sin costura de Jesucristo? Sólo los católicos romanos pueden decir: fuera de la Iglesia no hay salvacion. Los protestantes están fuera de la Iglesia, y, sin embargo, esperan salvarse: ¿no sucederá lo mismo con los deistas? Para ver si han dejado de ser cristianos hay que ver en qué consiste la esencia del cristianismo. No consiste en la fe en tal ó cual dogma: ¿cuál podría ser, en efecto, ese dogma esencial? La historia nos enseña que el dogma se modifica incesantemente: ¿creían acaso los primeros cristianos lo que creen los protestantes ortodoxos? Los discípulos del Cristo, comenzando por los apóstoles, creían en el próximo fin del mundo, en la vuelta del Mesias, en una nueva tierra y en nuevos cielos; esa era á sus ojos la esencia del cristianismo; y tan léjos está de serlo para los modernos ortodoxos, que se afanan, por lo contrario, en probar que ni Jesucristo ni los apóstoles predicaron jamas el fin del mundo. Si, pues, el dogma fuera la característica del cristianismo, sería preciso decir que los primeros cristianos no eran ortodoxos, lo cual equivale á afirmar que no es el dogma la esencia del cristianismo. Si un dogma cualquiera constituyera la esencia del cristianismo, resultaría que todos los cristianos deberían creer idénticamente la misma cosa. Ahora bien, esto es radicalmente imposible. Pueden en rigor recitar la misma fórmula de fe; pero cada cual le presta un sentido particular, porque la fe se individualiza necesariamente, comprendiéndola cada uno segun el grado de desarrollo intelectual y moral que alcanza: una sola fe es tan imposible como una sola lengua; la fe no es más que el lenguaje del alma (1).

Hé ahí pensamientos que nos llevan bien léjos de la ortodoxia cristiana. Los ortodoxos por excelencia, los católicos romanos, dicen: fuera de la Iglesia no hay salvacion; y los protestantes, para conservar una apariencia de ortodoxia, proclaman que la fe es una necesidad para la salvacion, á reserva de disputar sobre lo que es la fe y sobre lo que se debe creer. La creencia en una revelacion milagrosa es quien ha engendrado esa ortodoxia

(1) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington's Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. 14-18 y 27.

estrecha, intolerante y perseguidora; si Dios nos ha revelado la verdad, es fuerza que todos creamos en Él, porque no puede haber más que una verdad, y es universal é inmutable: una fe, un pastor y un rebaño, tal es el ideal de esa concepcion religiosa. Semler no cree que sean esos los designios de Dios; para él, la fe es una cosa interior, es el lazo entre la conciencia y Dios; y bajo este punto de vista, hay tantas religiones como individuos; pueden reunirse para adorar á Dios en comun, mas en realidad cada uno lo adora á su manera. Desde este momento poco importa ser ó no miembro de una Iglesia que es cosa enteramente secundaria; y los que están fuera de la Iglesia pueden ser tan buenos cristianos como los que están dentro de ella. Semler va aún más allá: dice que hay deistas que son mejores cristianos que los ortodoxos, y habría podido añadir que el mejor medio de no ser buen cristiano es ser ortodoxo, porque el escollo de la ortodoxia es que los ortodoxos se creen salvos sólo por estar dentro de la Iglesia ó por profesar la fe formulada en una confesion oficial. Con esto pueden prescindir de la caridad y aún de la moralidad. No es tan fácil la obra de los deistas: estiman que sólo se salvarán haciéndose perfectos como su Padre en los cielos, y su vida entera está consagrada á este trabajo de perfeccionamiento moral. ¿Habrá que preguntar cuál es el ideal de Jesucristo, si el de los ortodoxos ó el de los deistas? (1).

El cristianismo dogmático es una religion de autoridad; mala religion, dice Semler, que prefiere á tal cristianismo, y no se equivoca, el deísmo ó la religion natural. Si la religion es en su esencia el perfeccionamiento moral, ¿cómo se pretende que una ley exterior, una ley impuesta cual lo sería una ley penal, salve á los hombres? ¿Se concibe que se perfeccione el hombre cuando obedece ciegameente á los mandamientos de la Iglesia ó cuando cree ciegameente en una confesion de fe? Un autómatas haria otro tanto. No hay perfeccionamiento sino mediante el desarrollo de nuestras facultades intelectuales y morales, y este trabajo supone la libertad; una fe de autoridad es una cosa absurda; hace de los hombres máquinas serviles, como los jesuitas han hecho de los Indios del Pa-

raguay, mas no puede elevarlos á una verdadera moralidad. ¿Habrá que preguntar todavia si es el verdadero cristianismo? No, ciertamente. No faltaban á los Judios leyes ni preceptos, ni el celo para observarlos. ¿Por qué, pues, vino Jesucristo? Vino á emancipar á los hombres de la servidumbre de la ley; llamó á la salvacion á los Gentiles como á los Judios. ¿Qué significa esto sino que la salvacion no consiste ya en practicar las leyes prescritas por la Iglesia, mas en purificar el alma y en elevarla hácia Dios? Los Gentiles pueden, pues, hacer su salvacion como los Judios, y con este sentido se dirige el cristianismo á todos los pueblos, á todas las razas (1).

El cristianismo es, en definitiva, una religion esencialmente moral, y por tanto individual, no pudiendo, de consiguiente, formularse en una ley exterior, inmutable, tal como una profesion de fe. Los decretos de los concilios podian convenir á los hombres del siglo IV, como la confesion de Augsburgo á los del siglo XVI; mas por lo mismo no convenian ya esas fórmulas á los fieles del siglo XVIII; no decían ya nada á su alma ni á su inteligencia: ¿cómo habian de servir á su perfeccionamiento? La teología, lo mismo que todas las ciencias, cambia con el progreso de las ideas y de los sentimientos; es, pues, absurdo, pretender imponer á la humanidad una ley invariable (2). Si la teología es progresiva, ¿no habrá que decir lo propio del cristianismo y de la religion en general? Semler pretende que no. Puede decirse, en efecto, que el cristianismo es inmutable, en el sentido de que es un principio de perfeccionamiento moral. La máxima de Jesucristo: Sed perfectos como nuestro Padre en los cielos, será verdadera hasta el fin de los siglos. Se puede decir además que la perfeccion consiste en amar á Dios y á nuestros semejantes; pero no está ahí la cuestion; queda por indagar lo que se ha de entender por el amor de Dios y del prójimo, es decir, cuál es el camino del perfeccionamiento y cuál su fin. En este punto han variado evidentemente los sentimientos de los cristianos. En los primeros siglos se entregaron á un espiritualismo excesivo, lo cual condujo á las locuras del monaquismo. Los reformadores des-

(1) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis über natürliche und Christliche Religion*, p. 19, 73, 92.

(2) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis*, p. 210 y sig. 173;—*Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, p. 194.

(1) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington's Versuch*, páginas 110, 111, 116, 216, 217.



echaron esa manera de concebir la perfección evangélica; inauguraron, pues, un nuevo ideal. Cuál fué este ideal es lo que va á decirnos Herder.

§ IV. — Herder.—El cristianismo humano.

I.

Semler era una bella alma, pero un escritor detestable; se necesita valor para seguirle á través de sus frases dificultosas, dédalo de palabras que á veces significan muy otra cosa de lo que quiere hacerles decir el autor. Después de haber leído ó de haberse esforzado por leer á Semler, se considera uno dichoso al pasar á Herder, teólogo, poeta, historiador, filósofo y hombre de imaginación, literato ante todo. La vaguedad poética en que se complace hace á veces tan incomprensible su pensamiento como el de Semler; no osaríamos precisar lo que cree ni formular su profesión de fe. Pero no es este nuestro objeto. Su profesión de fe, como la de todos los libres pensadores del siglo XVIII, consistía precisamente en no tenerla, y, por lo mismo, llegó á ser el representante por excelencia del liberalismo, al cual está reservada la gloria de regenerar la religión cristiana.

El cristianismo liberal se halla todavía en estado de tendencia; la expresión misma dice que es el sentimiento de la libertad lo que le inspira; nada de religión, de autoridad, nada de dogmas formulados en una confesión de fe, es el grito de guerra de los protestantes liberales. Esa es también la doctrina de Herder, si tal nombre puede darse á la falta de una doctrina. En el siglo XVII había sido el dogma objeto de un vivo debate; Leibnitz, el genio más universal del mundo moderno, pasó su vida discutiendo sobre las creencias cristianas, ya con Bossuet ó Arnauld, ya con Bayle. El siglo XVIII se asombraba de estas discusiones que le parecían ociosas: "Leemos con admiración, dice Herder, lo que el grande hombre escribió sobre la Trinidad, sobre la presencia real en el sacramento de la eucaristía, sobre la gracia, sobre el libre albedrío, sobre la eternidad de las penas; pero después de haber admirado su ingenio sutil, nos preguntamos de qué sirve y á qué conduce toda esa sutileza. ¿De qué han servido esos brillantes dueños del siglo precedente entre la fe y la razón?" Parecía á Herder, como á sus contemporáneos,

que se habían batido por quimeras; y en efecto, se había supuesto que los dogmas sobre los cuales se disputaba con tanto encarnizamiento estaban consagrados por la Escritura, cuando, estudiada á la luz de la historia y de la crítica, resulta que la Escritura ignora todas las creencias que se tenían por reveladas. Los mismos que tomaban parte en estas discusiones confesaban que se trataba de misterios, y que los misterios están fuera del alcance de la razón humana. "Confunde más todavía á la razón, dice Herder, que se haya hablado y escrito tanto sobre cosas que nadie puede comprender. Hé ahí por qué han cesado las disputas. Al cabo se ha dicho: ¿á qué discutir, por qué hemos empleado nuestro celo, gastado nuestro trabajo, nuestras vituperaciones, nuestro tiempo, y con frecuencia comprometido nuestro reposo?" (1).

No siempre ha sido el cristianismo un sistema de fórmulas teológicas. Antes de los concilios del siglo IV era una filosofía libre; Clemente de Alejandría y Orígenes filosofaban sobre la religión y hasta dogmatizaban; pero libremente, sin que les ocurriera condenar á los que de diferente manera pensaban. ¿Valían por esto ménos los Padres griegos? Su libertad de espíritu constituía precisamente su superioridad. Orígenes hizo por sí solo más por el cristianismo que diez mil obispos y patriarcas. Había, sin embargo, un escollo en el genio de la Grecia, y era la manía de las disputas filosóficas: los Griegos discutían por el placer de discutir. Cuando este espíritu disputador se introdujo en el cristianismo, la religión del Cristo degeneró en sofística, y para mayor desgracia, las sectas religiosas no se limitaron á discutir, quisieron dominar. De aquí divisiones en el Estado, motines, persecuciones. ¿Qué de herejías y qué de violencias no suscitó la palabra *logos*! Necesitábase la sutileza de los Helenos para interesarse en estos incomprensibles debates, y hasta era precisa su lengua, tan rica, tan variada, para expresar ideas de tal modo peculiares de los que las inventaron, que no hay términos en las demás lenguas para significarlas. ¿Habrá que preguntar qué ganó la razón, qué ganó la fe con las interminables discusiones sobre el *omoousios* y el *omoiousios*, sobre las dos naturalezas y las dos voluntades de Jesucristo? Se

(1) HERDER, *Adrastea, Leibnitz* (Saemmtliche Werke, t. XXXIV, página 8 y sig., ed. de 1853).

podría sin vacilar arrojar á las llamas cuanto se ha escrito sobre esas incomprensibles materias, sin que experimentáran el más leve daño ni la ciencia ni el cristianismo (1).

El cristianismo de Jesucristo ignora los dogmas y los misterios. Fué cuando los Griegos mezclaron su filosofía con la religión cuando todo se hizo misterio y dogma; se quiso á toda costa hallar esas doctrinas en la Escritura, hasta en los libros sagrados de los Judíos, á pesar de que eran completamente extraños á este orden de ideas; y como en ellos se buscaba lo que no se podía encontrar, era inevitable que hubiese tantas opiniones como hombres. De ahí las innumerables sectas que dividieron el cristianismo naciente. Para poner un término á estas divisiones, que amenazaban la existencia misma de la Iglesia, se convocó los concilios. Asambleas de éstas hubo que constituyen una vergüenza para el cristianismo y para la sana razón: el orgullo y la intolerancia las reunieron; la discordia, la parcialidad, la grosería y la mala fe presidieron en ellas, y en definitiva, la fuerza, el poder arbitrario del príncipe, el capricho de sus eunucos, el fraude y hasta el accidente dictaron las decisiones. ¡Y se consideraban tales decretos inspirados por el Espíritu Santo! ¡Y eso es lo que se llaman verdades reveladas que deben ligar á la humanidad hasta el fin de los siglos! (2).

Háse comparado algunos de esos sínodos con reuniones de bandidos; y todos merecen ser vituperados, porque sus decretos han encadenado al espíritu humano y le han impedido descubrir la verdad. Torrentes de sangre han corrido durante siglos para imponer los decretos de los concilios á los que se perseguía como herejes; y con frecuencia fueron torturados y condenados á muerte los hombres más virtuosos, por la sola razón de no participar de las opiniones consagradas por los concilios, opiniones que no comprendían más los perseguidores que sus víctimas; y como por una ironía de la suerte, fueron los Bárbaros quienes combatieron en pro ó en contra de la ortodoxia. Ya hemos dicho en otra parte que, gracias á las victorias de los Francos, prevaleció la ortodoxia romana sobre

el arrianismo. ¿Debemos felicitarnos de ello? Las hogueras permanentemente encendidas contra la herejía y las cruzadas contra los herejes nos dicen de qué sirvió la ortodoxia en el mundo occidental. ¿Qué decir de Constantinopla? El conde de Maistre, en su orgullo de ortodoxo, dice que el imperio de Bizancio lleva el nombre de bajo-imperio por la bajeza de las pasiones que en él reinaron; y Herder, aunque cristiano, da gracias á los Saracenos por haber puesto fin á aquel vergonzoso régimen. Destruyeron, es verdad, la religión cristiana en Asia, en África y en el imperio griego; pero ¡qué cristianismo, gran Dios, aquel que atribuía la salvación á fórmulas teológicas sobre la naturaleza y la voluntad del Cristo y olvidaba enteramente la predicación moral del Evangelio! (1).

Hay una triste verdad en el acta de acusación que Herder formula contra el cristianismo dogmático. El dogma, como tal, no es culpable de todos los excesos vituperados por el filósofo alemán; los Griegos tenían sus dogmas filosóficos y sus sectas, y no fueron intolerantes y perseguidores; en la religión más que en el genio de la raza helénica es donde hay que buscar la causa de la intolerancia cristiana. Hemos dicho y probado en el curso de estos *Estudios* que la creencia en la revelación milagrosa, la idea de Dios que se hizo hombre, fué lo que engendró la persecución (2). Ese es el dogma que hay que rechazar, primero porque es falso, después porque ha servido para legitimar la violencia y todos los abusos de la fuerza; y la misma causa produciría los mismos efectos, si la ortodoxia llegara de nuevo á cegar las inteligencias y á viciar á las almas. Demos gracias á los que han introducido la libertad en un dominio donde reinaba la opresión y una persecución odiosa. Herder ha sido uno de esos libertadores; su influencia es inmensa. Semler apenas fué leído por los teólogos de su tiempo, y hoy no es ya leído por nadie, mientras que los Alemanes se amamantan con Herder, como con Schiller y con Goethe. Estos son sus Padres de la Iglesia; y han contribuido, en efecto, á fundar una Iglesia más amplia que la de Roma, una Iglesia que abrazará á la humanidad entera, porque es la religión de la humanidad.

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 3 (Obras completas, t. XXX, p. 64).

(2) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 1 (Obras, t. XXX, p. 44).

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 3 (Obras, t. XXX, p. 65 y siguientes).

(2) Véanse los *Estudios sobre el Cristianismo, sobre las guerras de religión y sobre la Revolución* (parte segunda).